

Un indicador de cambio en la sociedad actual es que aunque el poder ocupa a los hombres, empieza a preocupar a las mujeres. No quiero decir que las mujeres hayamos estado siempre fuera del poder. La nueva historiografía de la mujer presenta casos de presencia femenina en momentos importantes de la historia.¹ Asimismo, desde la antropología, las relecturas de estudios anteriores que emergen en la década de los setenta, y las investigaciones que se han realizado desde entonces² ponen de manifiesto muchas formas de participación de las mujeres, unas en las que se reconoce su poder y otras en las que lo ejercen pero se silencia u oculta. Sin embargo, es evidente que las mujeres están elaborando formas distintas de estar individual y colectivamente.

En el caso vasco, tal como señala Begoña Arregui y recoge María Luz Esteban,³ se han dado varios cambios:

- Una mayor incorporación al trabajo asalariado y al mismo tiempo la incidencia negativa de la crisis económica.
- Un aumento del nivel educativo de las mujeres, mayor variedad en las formas de convivencia y un retraso en la edad del matrimonio.

¹ Véase: Nash, Mary. *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Anthropos, Barcelona, 1983. Mercedes Ugalde Solano, por su parte, resume muy bien las características así como las líneas, aportaciones, figuras y obras principales de la nueva historiografía de la mujer en *Mujeres y nacionalismo vasco. Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza. 1906-1936*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 1993.

² Véanse: Quinn, Naomi. "Anthropological studies on women's status", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 6, 1977, pp. 181-225; Mukhopadhyay, Carol C. "Anthropological studies of women's status revisited: 1977-1987", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 17, 1988, pp. 461-495; Morgen, Sandra (ed.). *Gender and anthropology. Critical reviews for research and teaching*, American Anthropological Association, Washington, 1989.

³ Arregui, Begoña. "Modernización y mujer en el País Vasco", en Teresa del Valle et. al., *La mujer y la palabra*, La Primitiva Casa Baroja, San Sebastián, 1987, pp. 51-93; Esteban, María Luz. *Actitudes y percepciones de las mujeres respecto a su salud reproductiva y sexual. Necesidades de salud percibidas por las mujeres y respuesta del sistema sanitario*, tesis doctoral, Facultat de Geografia i Història, Universitat de Barcelona, 1983.

MUJER Y NUEVAS SOCIALIZACIONES: SU RELACIÓN CON EL PODER Y EL CAMBIO

Teresa Del Valle

Este artículo ya fue publicado en la revista *Kobie* (serie antropología cultural). Bizkaiko Foru Aldundia-Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao, núm. VI, 1992-1993.

- Un descenso en las tasas de natalidad, retraso en la edad para tener el primer hijo y espaciamiento de las/os hijas/os.
- La aceptación del uso de anticonceptivos y del aborto provocado.
- Impacto de los nuevos descubrimientos tecnológicos.

⁴ *Ibidem*, p.86.

⁵ *Idem*.

Todo ello indica que las mujeres "se han apartado de la rígida normativa familiar hacia un comportamiento más secular e individualizado",⁴ de manera similar a lo que sucede en otros países europeos. Para Arregui, en la sociedad vasca las mujeres se plantean el tener o no tener hijos o limitar su número porque "la maternidad no es el único instrumento hoy en día para evaluar socialmente la función social e individual de las mujeres".⁵ En general, las mujeres expresan una valoración de la actividad laboral y de la educación que es independiente de que hayan accedido a ellas o no. Es decir, hay mujeres que sin haber tenido oportunidades para una u otra, las valoran grandemente para sus hijas. Hay mujeres que se proponen acceder al trabajo y a la educación, mientras que otras piensan que ya es muy tarde.

La incorporación de la mujer al mercado de trabajo es el factor de cambio más importante para la mujer vasca debido a las consecuencias

⁶ Del Valle, Teresa, et. al. *La mujer y la palabra*, op. cit., p.284.

amplificadoras que conlleva: relaciones, actividades y autonomía.⁶

María Luz Esteban señala la aparición de nuevos modelos como resultado de influencias directas e indirectas del movimiento feminista: respecto a la imagen corporal, se tiende a una interpretación más personal por encima de las modas (aunque a veces se insista en una combinación

de lo femenino-masculino), y se dan cambios en el aspecto como resultado de vivencias y cambios personales: aumenta la importancia otorgada a la sexualidad y la reivindicación del placer sexual como algo positivo para las mujeres; se aceptan en la vida cotidiana fenómenos como el aborto, que por sus asociaciones éticas o políticas pueden ser vistos como ilegales.⁷

⁷ Esteban, María Luz. *Op. cit.*, pp.302-303. Esteban desarrolla a lo largo de su tesis los cambios que aportan las mujeres en su visión de la sexualidad y de la reproducción. Aparece la riqueza con que las mujeres expresan su sensualidad (pp.156-160).

De todos estos cambios, aquellos que se relacionan con la vivencia de la sexualidad separada de la reproducción, con la relación afectiva-cualitativa de pareja y con la mínima vivencia de la maternidad apenas encuentran referencias en los valores tradicionales.⁸ Por ello, para muchas mujeres que los experimentan y/o asumen supone vivir conflictos de intereses para los que necesitan nuevas referencias y apoyos fuera de donde se da el conflicto. Estas manifestaciones revelan que el cambio, tanto en la realidad manifiesta como en las aspiraciones de las mujeres, es importante de cara al presente, pero lleva a la necesidad de buscar referentes para situarnos: es preciso echar mano de un pasado en que apoyarnos, bien para mejorarlo, bien para emularlo o sencillamente para encontrar en ese tiempo anterior algunas pautas de identidad contra las que podamos hacer las nuevas elaboraciones.

⁸ Díez Mintegui, M. Carmen. *Estudio comparativo de las relaciones de género en la comarca Dimaistaldea y en la Ribera de Navarra partiendo de la forma diferente de participación de mujeres y hombres en las actividades laborales*, tesis doctoral, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. 1992, pp.251-264.

También es importante aceptar que la categoría mujer no es algo compacto y homogéneo sino algo en constante ebullición. Tal como apunta la antropóloga Henrietta Moore,⁹ a la categoría indiferenciada de mujer que presenta-

⁹ Moore, Henrietta. *Antropología y feminismo*, Cátedra, Valencia, 1991.

ba el feminismo, como si con su enunciado se quisiera unificar todas las situaciones, la antropología ha aportado un cambio: en vez de hablar de resaltar simplemente su variabilidad, la antropología propone centrarse en cómo el género, la raza y la clase han contribuido a crear no sólo puntos de encuentro sino principalmente variedad y diferencia.

Más aún, la categoría mujer incita a leer sus aspectos cambiantes, que abarcan tanto el estudio de la variabilidad que existe en los estilos de vida de las mujeres, como el reconocimiento de las nuevas respuestas a: situaciones de la vida familiar (la comunicación en la convivencia en pareja, con las hijas e hijos, con las amistades); las formas de cómo afrontar las tareas de la casa; las nuevas valoraciones del trabajo en el marco laboral. Para esta visión dinámica de la categoría mujer resulta importante la aportación de Judith Butler. Para ella no es válido pensar que se pueda llenar dicha categoría con las variables de raza, clase, edad, etnicidad y sexualidad. Más bien la misma aceptación de su esencial vacío "permite que tal categoría sirva como un lugar que esté permanentemente disponible para el cuestionamiento de significados. El vacío, por definición de la categoría, puede servir como una normativa ideal que esté a su vez libre de

¹⁰ Butler, Judith. *Gender trouble*, Routledge, Londres, 1990, p.15. La traducción de esta cita es mía.

fuerza coercitiva".¹⁰ Si se piensa que el feminismo designa un campo abierto de diferencias, un campo que no se puede totalizar o resumir mediante una categoría descriptiva, entonces el término mujer que se erija es un lugar de apertura y redefinición. Butler argumenta a favor de guardar y valorar las luchas mismas acerca del contenido del término como las bases sobre las que des- cansa la teoría feminista.¹¹

¹¹ Butler, Judith y Joan W. Scott (eds.). *Feminists theorize the political*, Routledge, Londres, 1992, p.16.

Volviendo al tema del cambio, es digno de notar la emergencia entre las mujeres de nuevas inquietudes por saber, conocerse, crear un mundo de intereses y amistades propias. Hay deseos de superarse, y en todo ello entiendo que hay, por un lado, cierta discrepancia con la orientación que recibe la mujer para la vida, y por el otro, el descubrimiento de que hay muchas cosas que las mujeres pueden hacer —unas individualmente y otras en grupo— y que antes no se contemplaban como posibles proyectos.

De todo ello deduzco que teniendo en cuenta las distintas situaciones donde se encuentran las mujeres, hay en muchas de ellas una actitud positiva hacia el cambio. Es más, me atrevo a decir que las mujeres están dando cambios cuantitativamente más importantes que los varones, y eso teniendo en cuenta los puntos de partida de cada una y cada uno. Cada vez con más frecuencia aparecen las mujeres que quieren estar ejerciendo, incidiendo, decidiendo y recogiendo los frutos de todo ello; algo que ha estado más accesible a los varones que a las mujeres y que se identifica claramente con el poder.

Con la filósofa Celia Amorós podemos definir al poder como "capacidad de incidir sobre el mundo o de afectar lo exterior en mayor medida, o al menos no en menor medida, de lo que uno/a es afectado/a".¹²

¹² Amorós, Celia. "Mujeres, feminismo y poder", en *Forum de política feminista*, Madrid, 1989, p.7.

Si nos detenemos en lo que significan las palabras de esta definición podemos decir que incidir está vinculado a la acción. Se trata de que las mujeres queremos actuar dejando huella. Actuar no de forma pasiva sino con iniciativa y con ideas propias. Esto puede aplicarse a muchas situaciones y contextos de acción. Abarca desde las esferas de las relaciones, de las amistades, del trabajo fuera y dentro de casa, de las formas de

pertenencia a asociaciones, de las maneras como una decide estudiar, perfeccionarse, acudir a unas clases, decidir obtener el grado escolar, hacer un viaje, cambiar de manera de vestir, separarse, iniciar una relación, por citar algunas. En una palabra, esta definición de poder considera que el poder que muchas veces se presenta como algo ajeno a las mujeres, es precisamente algo que nos potencia.

Sin embargo, el poder, como el cambio, no se improvisan, como tampoco las maneras de ejercerlos y desarrollarlos. Se trata de conquistar el poder, de llegar a él, de disfrutarlo. Todo ello implica iniciativa, acción y dinamismo. Las formas para llegar a ello están a su vez definidas por las estructuras y expresiones sociales y culturales. El poder forma parte de la experiencia humana, pero es en la edad adulta cuando, en general, llegamos a él.

De ahí que una de mis preocupaciones haya sido investigar sobre la socialización que experimentamos las mujeres, y en especial profundizar en aquellos aspectos que inciden en esa preparación para ejercer el poder, o por el contrario, que nos conduce al no poder. Parto de un análisis que refiere una situación de desigualdad genérica que afecta sobre todo a la mujer. Dentro de todo el espectro de la desigualdad y de la jerarquía, observo aquello que establece diferencias y jerarquizaciones a partir del reconocimiento social de categorías de mujer y de varón, y que se traduce en una serie de trabas que afectan más directamente a las mujeres que a los varones. Estas trabas tienen que ver muchas veces con la utilización del afecto, con la carga de responsabilidad que se asigna a ciertas tareas, con la utilización del sentimiento de culpa, por citar algunas. También existen otras dificultades que impiden el acceso de las mujeres a puestos de responsabilidad aun cuando estén preparadas para ello. Se trata de

situaciones muy diversas; unas tienen que ver con el mundo del trabajo extradoméstico, otras con responsabilidades en el mundo de la política, que incluye desde los niveles locales hasta los más generales. En el fondo se trata de una serie de trabas inmovilizadoras que provienen del universo de los valores, las metas y los modelos, y que actúan de una forma profunda y duradera. Muchas de ellas son parte de la socialización diferenciada que se da a las mujeres y a los varones.

De lo anterior se desprende que los cambios deben darse en muchos frentes. Por ello es necesario profundizar en aquellos aspectos que son más difíciles de desentrañar pero que son claves para la consecución de cambios. Debemos rebasar los tópicos que sólo establecen que las mujeres estamos oprimidas para desentrañar las claves de la opresión así como las de los logros silenciados, teniendo en cuenta el contexto más amplio donde desarrollamos nuestras vidas.

La socialización es central en la creación de las identidades genéricas así como la forma en que se transmiten los contenidos en los momentos críticos del ciclo de vida. Una aprende a ser mujer o varón de la misma forma que aprende a ser niña, adolescente, joven, persona madura y anciana.

El punto de partida de mi reflexión es la existencia generalizada de formas de socialización diferenciadas para las mujeres y los varones que se corresponden, generan y son la base de las diferencias que se consideran importantes para unas y otros. Estas diferencias tienen un reflejo en la asunción de roles que llevan de forma implícita y explícita al ejercicio del poder en su sentido más amplio y a sus especificidades. Mantengo la creencia de que a las niñas se les introduce de formas directas e indirectas el rechazo al poder, de manera que se sientan incómodas con él, que prefie-

ran delegarlo, que lo consideren un ámbito extraño, muchas veces hostil: un campo lleno de dificultades en el que los precios a pagar no tienen su correlato con las satisfacciones, con los logros que se puedan obtener. Esto muchas veces no se hace de forma directa sino que existe una variedad de situaciones y experiencias donde se da, por un lado, la iniciación en los elementos, experiencias contrarias a aquellas cualidades que luego se valoran y prestigian, y por otro, la minusvaloración indirecta de todo aquello que podría conducir al poder. Pero sobre todo, existen premisas desde las que se actúa y que permean al pensamiento y la acción.

Este pensamiento estuvo presente en un estudio sobre la mujer vasca realizado entre 1981 y 1983 en el que se analizaban las formas en que las mujeres eligen en muchos casos delegar la autoridad en vez de tratar de ejercerla.

[Se] observa la necesidad de analizar estos mecanismos delegatorios, si es que existen, en vez de valorar negativamente la ausencia de decisiones, por lo que pudiera mostrarnos respecto a

¹³ Del Valle, Teresa, et. al. *Op cit.*, p.15.

la capacidad manifestada de la mujer para obtener fines concretos.¹³

Se descubriría un temor en las formas en que las mujeres asumen las responsabilidades más fuertes al tiempo que permanecen en la sombra, actuando de apoyo, cargando con el peso que implica la responsabilidad pero sin aparecer como las ejecutoras.

Por ello en este artículo analizaré primero cuatro presupuestos que inciden de manera negativa en el aprendizaje del poder y que en general

hacen de la socialización un proceso que lleva a las mujeres más al no poder que al poder. La presencia de estos elementos puede variar, pero analizarlos y detectarlos puede ser importante en la tarea de crear procesos que faciliten la igualdad. Esos cuatro presupuestos son los siguientes:

- La naturalización de las diferencias establece las bases para la desigualdad. Es necesario deconstruir cómo la atribución de las bases biológicas en el aprendizaje del ser mujer o varón sienta los pilares para la subordinación, es decir, para aceptar el no poder.
- Destacar la diferencia entre las distintas clases de responsabilidades y su relación con el poder permite reconocer las responsabilidades que limitan y aquellas que potencian.
- La responsabilidad que genera culpa, aunque a veces aparezca como poder, es un indicador de subordinación.
- El aprendizaje diferenciado de los roles se apoya en la figura del adulto más poderoso.

LA NATURALIZACIÓN DE LAS DIFERENCIAS

El énfasis en lo cultural no supone la negación de las diferencias biológicas. La aportación de Simone de Beauvoir "La mujer no nace sino se hace" sigue vigente y no excluye la necesidad de conocer cómo cada cultura interpreta lo biológico, por ejemplo, las diferencias genitales, las anatomías, el grado de fuerza física. En el estudio de los procesos de socialización se ha dado un debate acerca del peso de lo

biológico y de lo cultural. Por ejemplo, respecto a lo biológico, se asocia a las niñas con una mayor habilidad verbal mientras que en los varones se da una mayor orientación espacial, aunque los resultados de los estudios no parecen clarificar la cuestión respecto a la incidencia de la biología en uno u otro campo. Sin embargo, esta asociación incide directamente a la hora de transmitir con un énfasis doble las expectativas acerca de que las niñas se van a expresar mejor y los niños van a tener unos marcos de referencias espaciales más amplios. Es evidente que las creencias en la existencia de la habilidad diferenciada sirven a su vez para recalcar ambos talentos y potenciarlos de manera separada.

De ahí que sea más significativo descubrir cómo se crean, desarrollan, refuerzan y transmiten estas expectativas que probar si tienen una base biológica. En todo caso, el que tengan o no una base biológica es cuantitativa y cualitativamente menos importante que la construcción cultural a que se ven orientadas y sometidas tales expectativas.

Una aportación desde la antropología ha sido el interrelacionar las construcciones del género con la vivencia social. Las valoraciones positivas o negativas que se hagan, los estereotipos que se creen, o los símbolos que se utilicen —por ejemplo, la expresión de lo masculino o femenino mediante colores, formas, objetos— deben analizarse en relación con las formas de actuar que admitimos para mujeres y hombres. Así, experiencias biológicas como la menstruación o el parto deben ser pensadas de manera global: desde los símbolos con los que se las asocia; por ejemplo, la menstruación con la limpieza en algunos momentos y en otros con la contaminación; el parto con la vida y con la muerte. Y al mismo tiempo, estas simbolizaciones deben ser comparadas con las actitudes que tiene

la gente, con la valoración social que se les otorga, con las normativas que las regulan. Por ejemplo, hablar del embarazo como el periodo en el que se gesta la vida y por consiguiente negarle a la mujer el derecho a decidir sobre su cuerpo, sobre su propia vida, nos dice algo sobre la disparidad de discursos y significados.

Como señala Verena Stolcke, existe una tendencia a resaltar las diferencias sociales y a legitimarlas al construirlas como si estuvieran enraizadas en diferencias naturales.¹⁴ La autora constata cómo en la sociedad de clases las diferencias de sexo y de raza aparecen como

¹⁴ Stolcke, Verena. "Is sex to gender as race is to ethnicity?", en Teresa del Valle (ed.), *Gendered anthropology*, Routledge, Londres, 1993, pp.17-37.

marcas predominantes de desigualdad social. Es más, ambas interactúan para reproducir la opresión de las mujeres en general y las diferencias particulares entre ellas en la sociedad de clases.¹⁵ De ahí que desde la antropología esta problemática constituya un campo de trabajo significativo.

¹⁵ *Ibidem*, p.19.

A partir de la definición de poder que ya se apuntó es posible ver que la incidencia hacia el exterior, y el afectar más que ser afectadas, supone una actitud de iniciativa, un estar en el juego para poder mover la ficha a tiempo. Este supone un paso adelante respecto a la actitud de defensa, ya que en el poder se quiere incidir. Se trata de un proceso de exteriorización que contrasta con aquellos procesos en los que se va tejiendo la vinculación entre situaciones de desigualdad y la presencia de características "naturales". Lo natural remite a la herencia, a aquello que nos viene dado y que por lo tanto es inmovilista, porque la mención de lo "natural" siempre produce respeto. La fuerza del tabú del incesto responde precisamente a un acuerdo bastante generalizado de que el incesto va contra la naturaleza. A la luz de la "naturalización" es necesario estudiar las bases

en las que se fundamenta todo lo relacionado con argumentos y legislaciones en contra de la interrupción del embarazo.

En el poder, para incidir, hay que saber actuar, lo que encuentra escollos en la interiorización con que se vive la normativa que impide cuestionarse aquello que nos viene dado. En el poder se requiere actuar, incluso adelantarse para ofrecer liderazgo. Sin embargo, los procesos de naturalización de situaciones de la vida se orientan más al inmovilismo y a la autodefensa. Un área donde se genera ampliamente esta vinculación es la de la iniciación en la sexualidad, que cuando se presenta unida a la reproducción reduce la capacidad de incidencia de la mujer en otras áreas de la vida. Esto se da a través del sometimiento del placer a la reproducción debido a que ciertas ideologías y creencias consideran que el placer siempre debe estar abierto a generar vida.

¿Cómo aplicar los conceptos mencionados, que nos llevan de lo abstracto a la experiencia de la socialización? ¿En qué medida los sistemas de valores que se van inculcando, sustentan la naturalización de la desigualdad? El trabajo está por hacer. Apunto algunas de las áreas donde habría que aplicar esta reflexión:

— Las historias y relatos orales así como toda la narrativa que ofrece modelos, situaciones que por su riqueza simbólica alimentan el mundo de la fantasía.

— La relación entre tareas y su argumentación con base en determinantes biológicos.

— La fundamentación, a partir de la capacidad reproductora de la mujer, de conceptos como patria, etnia, raza y ciudadanía.¹⁶

¹⁶ *Ibid.*

— La vinculación de la mujer con la transmisión de la lengua, la religión, la identidad étnica.

La fuerza de cada una de estas áreas en la socialización varía aun dentro de una misma cultura. En ello incide la identificación que tengan las mujeres con la tradición, y los grados de esencialismo con que se las conceptualice. Asimismo, el grado de amenaza que exista sobre la tradición delimitará el proceso y en muchos casos impedirá cambios que lleven a situaciones de cuestionamiento y por lo tanto de debilidad.

De la misma manera, dentro de una cultura las personas tendrán distintas respuestas al peso de la naturalización. Siempre habrá personas que se escapen total o parcialmente de ello. Así, habrá que contemplar aquellas situaciones y actuaciones que representen alternativas a las definiciones de lo que se considera asimilación de los valores transmitidos y/o su cuestionamiento. Es importante considerar que la naturalización va a ir cambiando y conceptualizándose de distintas maneras como respuesta a situaciones de cambio, a nuevos contextos sociopolíticos, a los altibajos económicos, especialmente del mercado de trabajo. En general, las mujeres van a estar sujetas a los cambios de la naturalización en mucha mayor medida que los varones debido al predominio del constructo de lo natural como elemento definidor de la identidad individual de las mujeres.

LAS RESPONSABILIDADES Y SU RELACIÓN CON EL PODER

Muchas veces se ha medido el poder de la mujer en función de las responsabilidades que asume, sin pensar que muchas

de esas responsabilidades no tienen su correlato "en un mayor poder decisorio de la mujer, más bien podemos decir que estas obligaciones

limitan el campo de sus actividades y proyectos".¹⁷ De ahí la importancia de analizar

las responsabilidades bajo este prisma que nos lleva a descubrir que, en muchas instancias, las áreas que en general confieren poder decisorio se corresponden con aquellas que se valoran social y culturalmente, mientras que muchas de las responsabilidades que asume la mujer se sitúan al

¹⁸ *Ibidem*, p.152. margen de dicha valoración.¹⁸ Por lo tanto, no se trata de grados de responsabilidad sino de la valoración que ésta tenga dentro del sistema último de prestigio. De ahí que se precise, para el análisis de la valoración de las responsabilidades, de las consideraciones siguientes:

— Su contextualización en relación con los ámbitos donde se lleva a cabo: doméstico, laboral, político.

— Su exclusividad: si las responsabilidades pueden ser intercambiables o si por el contrario contribuyen de manera fija a la identidad social de las mujeres o de los hombres, como pueden ser las tareas de la casa.

— Su interioridad y/o exterioridad: mayor o menor grado de visibilidad. Ver en qué medida ciertas tareas obtienen una valoración diferenciada cuando traspasan el ámbito de lo doméstico. Así, las tareas de la preparación de la comida se clasifican de una manera cuando las hacen las mujeres en casa, mientras que cuando se hacen fuera de ella quedan comprendidas dentro de palabras como "la nueva cocina", por citar un

ejemplo, aunque los autores aseguren que recibieron las recetas de sus madres y abuelas.

— Su relación con aspectos rituales. El ritual realza el valor de las personas, acciones u objetos, y en muchos casos hace que todo ello trascienda al momento de la celebración. En el mundo rural vasco se han ritualizado muchas de las actividades relacionadas con los trabajos agrícolas en los que se empleaba la fuerza; de ahí que exista un abanico amplio de competiciones que abarcan el levantar piedras, cortar troncos o segar la hierba, mientras que no ha ocurrido lo mismo con el trabajo y responsabilidades de las mujeres.

— El peso simbólico que haga trascender dicha responsabilidad al momento y pueda servir de referencia. Podrían considerarse aquellas que generan fuerza hacia fuera (*indarra*) y fuerza hacia dentro (*sendoa*). A la mujer se la ha visto más en su rol de mediadora que como inventora o punta de lanza.¹⁹

¹⁹ Aretxaga, Begoña. *Los funerales en el nacionalismo radical vasco*, La Primitiva Casa Bareja, San Sebastián, 1988, pp.31-34. 97. 100-102. Sobre *indarra* y *sendoa* véanse: Del Valle, Teresa. *et. al. Op cit.*, pp.139-143; Aretxaga, Begoña. *Op cit.*, pp.92-97, y Ott, Sandra. "Indarra' some reflections on a basque concept". en J. Pristany y J. Pitt Rivers (eds.). *Honour and grace*, University of Chicago Press, Chicago, 1990.

EL SENTIMIENTO DE CULPA:

IMPEDIMENTO PARA EL PODER

En un estudio de I. Etxeberria sobre las diferencias sexuales en la experiencia de los sentimientos de culpa, se observa que las mujeres manifiestan una mayor tendencia a expresar sentimientos de culpa que los varones, incluso cuando ambos mantengan valoraciones

semejantes sobre las conductas transgresoras. En ese trabajo se analizó la relación entre las distintas clases de prácticas disciplinarias parentales y la intensidad de los sentimientos de culpa de las/os sujetos ante diversas conductas. Los resultados mostraron que tanto las madres como los padres utilizan con las niñas prácticas inductivas de afirmación de poder y de "retirada de amor" que correlacionan positivamente con culpa. Por el contrario, madres y padres utilizan con más frecuencia prácticas disciplinarias de razonamiento con los niños que con las niñas, lo que incide en

²⁰ Etxeberria, Itziar. "Diferencias sexuales en sentimientos de culpa", en Agustín Etxeberria y Darío Pérez (eds.). *Emociones y perspectivas psicosociales*, Fundamentos, Madrid, pp.245-258.

un menor sentimiento de culpa. Finalmente, las mujeres aparecen como más sensibles a los reclamos de esta clase de disciplinas.²⁰

En la comparación de sujetos adolescentes que discrepaban con sus padres acerca de valoraciones de determinados comportamientos sexuales, se constató que las mujeres experimentaban un índice mayor de culpabilidad que los varones. Es más, "las mujeres que se hayan en proceso de cambio experimentan sentimientos de culpa más fuertes que los varones ante la práctica de aquellas conductas sexuales sobre las que han empezado a opinar de forma positiva".²¹

Respecto a las repercusiones que estas maneras diferenciadas tienen en el aprendizaje del poder, es evidente que la mujer se inicia de una forma más definida y sistemática en la conformidad con las normas. Se espera que las acepte y las interiorice mediante una asunción del peso del afecto.

Dado que en la sociedad las normas están en muchos de los casos elaboradas desde una visión de prepotencia masculina, las mujeres, más que los varones, son las que han de luchar por los cambios ya que son quienes se hayan en situación de desventaja. A ellas les toca la tarea más

difícil: ir contra corriente en la mayoría de los casos. Sin embargo, aparece una gran contradicción: por un lado, son las mujeres las que presentan una mayor dificultad para verse satisfechas en la aceptación de normas que supongan negaciones de apoyo y afecto, y por otro, es en las situaciones de cambio donde suelen aparecer los conflictos que pueden llevar a rechazos emocionales. De ahí que cuando las mujeres están dispuestas a cambiar, lo hacen casi siempre con un costo y un esfuerzo mayor que el que corresponde a los varones.

Muchas de las áreas donde las mujeres están más expuestas a desarrollar los sentimientos de culpa están asociadas con las vivencias del cuerpo, con todo lo que afecta a la experiencia de la sexualidad, que va desde las experimentaciones tempranas hasta el descubrimiento y desarrollo de las distintas formas de placer. Las decisiones acerca del control de la reproducción o de la interrupción del embarazo implican a la mujer emocionalmente y provocan con frecuencia sentimientos de culpa.

Otras decisiones que favorecen la culpabilidad afectan más a los roles de esposas y madres, como son los momentos críticos de resolver una separación o un divorcio, porque la mujer debe medir su implicación en la educación de los hijos y en los momentos críticos de sinsabores y enfermedades. Finalmente, la elaboración positiva del duelo, en el caso de una mujer viuda, es otro momento propicio a la ansiedad y a la aparición de posibles sentimientos de culpa. Como señala Gondar, las múltiples estrategias que tienen lugar en el proceso del duelo manifiestan un deseo profundo: negar el cambio.²² La negación se realiza mediante dos prácticas fundamentales: huyendo del hecho y explicándolo. Aunque Gondar ve en ello espec-

²² Gondar, Marcial. *Mulleres de mortos. Cara a unha antropoloxía da muller galega*, Xerais, Vigo, 1991.

tos positivos que le permiten a la mujer mantener la continuidad, desde la perspectiva que mide la preparación de la mujer para el poder, la ruptura y, por lo tanto, nuevas elaboraciones positivas del duelo, estarían más en la línea de prepararla para incidir, ejecutar, afectar, y por lo tanto, para roles sociales autónomos.

EL APRENDIZAJE DE LOS ROLES SEXUALES

Las edades en las que se empieza a ejercer una presión diferenciadora entre las niñas y los niños varían según las culturas. En culturas occidentales está bastante extendido el hecho de que ya antes de nacer se establece la diferenciación en la preparación para la llegada del nuevo vástago: los colores (rosa para la niña y azul para el varón); los adornos en la ropa y complementos para la primera y una mayor austeridad para el segundo; los planes sobre el futuro de una y de otro tienen ya un matiz diferenciador. La importancia del nombre se refleja en la elección, que generalmente se hace antes de nacer, y en la rigidez con que los nombres establecen la identidad femenina o masculina. Aunque no se supiera más, al oír un nombre ya podríamos establecer la diferenciación.

En otras culturas, como en la sociedad de las islas Chuuk en Micronesia, a los infantes de uno u otro sexo se les considera neutros y se utiliza un nombre único (*monukon*). A pesar de ello, cuando el infante llega a los tres o cuatro años recibe una socialización diferenciada, y por lo tanto la

²³ Marshall, Mac. *Weekend warriors. Alcohol in a micronesian culture*, Mayfield, Mountain View, 1979, p.89.

iniciación en los roles que unas y otros han de jugar.²³

Sin embargo, de todos los elementos que dentro de la socialización inciden en la creación de las identidades genéricas, voy a resaltar los que a mi entender tienen una incidencia mayor en el aprendizaje del poder o del no poder. Se ha visto que en el desarrollo de las identidades de género del infante influyen notablemente el poder relativo de la madre y el padre, por el modo en que una y otro participan en su cuidado y por las técnicas de disciplina.²⁴

²⁴ Oakley, Ann. *Sex, gender & society*, Gower Publishing Company, Aldershot, 1987. pp.173-188.

La criatura tiende a imitar y a identificarse con el más fuerte, lo mismo si es la madre o el padre. Cuando una y otro difieren en su poder, autoridad o control sobre los recursos, tanto los chicos como las chicas imitan el comportamiento del más poderoso. De hecho, se afirma que la similitud entre la madre y el hijo en un grupo doméstico donde la madre sea la dominante es parecida a la del padre-hijo en un grupo doméstico dominado por el padre. El castigo y la disciplina son importantes solamente como un índice de poder, no en sí mismos. La percepción del niño acerca de quién tiene el poder está con más frecuencia asociada a factores económicos. Así, el padre que gana el dinero aparece como más poderoso que la madre que lo gasta.

Si la madre trabaja y gana un salario afecta de forma distinta a los niños y a las niñas. Las hijas de mujeres que trabajan se identifican menos con la feminidad tradicional, mientras que los hijos aparecen más dependientes, más obedientes. Las hijas se muestran más agresivas, dominantes, desobedientes e independientes.

Los hijos/hijas donde la madre y el padre trabajan fuera de casa tienden a ver los roles de género menos diferenciados. Además del poder, afirma

Oakley, en la identificación necesaria para el aprendizaje de los roles influye también la calidad de la relación que existe entre los padres/madres y sus vástagos. Y esto afecta tanto a las niñas como a los niños.

Finalmente hay que tener en cuenta que tanto las madres como los padres no son sólo individuos sino que también son miembros de grupos más amplios; algunas de las identificaciones de las niñas/niños con sus modelos parentales no son personales sino de posiciones, esto es, al padre/la madre se le percibe como un miembro de una cierta edad, sexo y estatus. Esto influye en que a pesar de las diferencias que puede haber en los comportamientos que las madres y padres tienen respecto a sus vástagos, éstos absorban estereotipos culturales similares e imiten los modelos parentales. Estos estereotipos pueden producirse aún cuando el niño/niña carezca de modelo.

Los niños/niñas seleccionan sus ideas acerca de los modelos de género fuera de sus familias a través del contacto con otros niños/niñas y también de sus horizontes sociales. Los libros de texto, la literatura infantil y juvenil están llenos de estereotipos culturales tanto en los temas que tratan como en los valores que transmiten las/os protagonistas. Todo ello demuestra que los roles de género se desarrollan en un marco cultural muy complejo.

LA NECESIDAD DE NUEVAS SOCIALIZACIONES

Aquí quiero resaltar cómo una visión de socialización que haga hincapié sólo en la infancia, adolescencia y juventud, incide negativamente en la comprensión de la situación de muchas mujeres, lo

que es clave para la elaboración teórica del cambio. Dependiendo del concepto de socialización que se utilice, muchas de las necesidades y aspiraciones que experimentan las mujeres como resultado de nuevas tomas de conciencia —y que cuestionan más directamente los procesos que las encaminan al no poder— pueden quedar fuera de sus vidas como si se tratara de necesidades y aspiraciones extraordinarias. Para Díez, es evidente que existe una socialización para la continuidad y otra para el cambio.²⁵ De la misma manera hay que diferenciar entre avances en el acceso de la mujer a la educación y una socialización que sigue dando prioridad a los roles domésticos. Con frecuencia las estadísticas muestran porcentajes crecientes de mujeres que cursan estudios de nivel superior,²⁶ y al mismo tiempo, esas mismas mujeres pueden experimentar fuertes conflictos derivados de su inmersión en sistemas de valores y de prestigio dispares.

En una visión masculina de la sociedad se piensa que la persona ya está configurada una vez que ha pasado los estadios que abarcan desde la infancia hasta la juventud. Se asume que las orientaciones que ha recibido y las experiencias que ha vivido, la han iniciado en todo aquello que la sociedad considera importante para su realización dentro de una cultura determinada, y en muchas situaciones el hecho de ser hombre le confiere a la persona un estatus especial.

Desde una antropología que ha estudiado predominantemente a los varones y que aún cuando haya incluido a las mujeres sigue estando dominada por el enfoque masculino, el énfasis en la importancia de la socialización temprana puede tener su validez. Esto se debe a que ya desde los

²⁵ Díez Mintegui, M. Carmen. *Op. cit.*, p.175.

²⁶ Arregui, Begoña. *Op. cit.*, pp.55-57.

estadios iniciales de la socialización, el varón ha estado expuesto a un cúmulo importante de conocimientos y experiencias y ha sido iniciado en un marco de referencias más amplio que el de las mujeres y que le va a permitir utilizar ese esquema general de vida, aún cuando efectúe cambios a lo largo de su vida. Se le ha presentado, aunque sea de forma incipiente, un cúmulo de posibilidades, intereses y formas de estar socialmente que podrán irse desarrollando a lo largo de la vida. Ha habido experiencias de libertad que le han dado el sabor de lo que esto supone. La movilidad física le ha proporcionado accesos a aquellos campos que se consideran parte del dominio del varón. Los distintos ritos de iniciación le han enseñado a traspasar umbrales y le han dotado de mecanismos para avanzar en la consecución de fines más allá de su propio terreno. Estos ritos le han enseñado a romper con la continuidad, a marcar distancias.

También se le ha iniciado en distintas situaciones y ha tenido experiencias de lo que supone la jerarquización, que en muchos momentos ha ido acompañada de sensaciones gratificantes, de saberse situado por encima de otras personas: las mujeres, y esto independientemente de que se encuentre en posición de desventaja en otros aspectos regidos por sistemas de clase o raza. Puede darse incluso que para muchos varones la superioridad sobre la mujer haya sido la única experiencia de dominio.

Para el varón, las personas, tanto de su entorno inmediato como del más lejano, que puedan servirle de modelos, de estímulos y/o de rechazo, provienen de campos muy diversos del mundo del deporte, la cultura, la política, la empresa, la creatividad, el espectáculo, los medios de comunicación. Todo esto le proporciona un campo de referencias y de perspectivas que podrá ir poniéndolas en práctica o no a lo largo de la vida, y su

consecución va a estar mediatizada por otros factores que se medirán no en competencia con las mujeres sino con otros varones. Tendrá que competir, y en ello intervendrán otros elementos –además de ser varón– que dependerán de lo que en cada cultura se valore y prestigie: capacidad intelectual, valentía, liderazgo, presencia física, estoicismo, habilidad verbal, capacidad manipuladora, argucia, don de gentes.

En el caso de las mujeres la situación es distinta. El marco de referencia aparece muchas veces delimitado por los roles a los que pueden acceder. Así, su preparación está en la mayoría de los casos en función de las expectativas de los roles de madre y de esposa, y todo lo demás pasa a segundo término, mientras que en los varones están mucho más integrados los roles que los definen como procreadores y como compañeros. Es más, aun dentro de las valoraciones de roles como madre y padre, el aspecto de una mayor relación de la mujer con la naturaleza la conduce a una responsabilidad mayor que la del varón, lo que en muchas circunstancias se manifiesta como una gran carga de culpa si la mujer no responde a las expectativas creadas socialmente y asumidas de forma "natural" por ella misma. Ya en la práctica cotidiana, los atributos que definen a la mujer así como las habilidades que desarrolle estarán orientadas a las obligaciones "naturales" que ha de ejercer. Sus derechos, privilegios, serán aquellos que le permitan los roles. Ha de tenerse en cuenta que estos roles tienen como marco predominante a la familia, al grupo doméstico, y su principal espacio físico referencial es la casa. La preparación para el trabajo estará principalmente en función de los otros roles, y no es algo que en general se considere como una preparación básica, como en el caso del varón. En el caso de la mujer, estará condicionada a su vez a

cumplir con las responsabilidades prioritarias. La experiencia de la movilidad y la definición de límites tendrán que ver con la idea que se tenga de lo que pueda hacer más valorada a la mujer a la hora de convertirla en esposa, en madre. Las posibilidades de modelos para su identificación o rechazo ofrecen muchas limitaciones ya que suponen propuestas que pueden ir acompañadas de las rupturas afectivas que ya se abordaron al tratar el sentimiento de culpa.

Esta visión global de la socialización va a estar influida a su vez por el contexto social e histórico en el que se van encajando las distintas generaciones y sus grados de apertura a la problemática social y política. Así, en el momento actual, las necesidades de nuevas socializaciones afectan de manera distinta a las mujeres en edades comprendidas entre los 30 y 55 años, que corresponden a la "generación del franquismo", y a las que

²⁷ Diez Mintegui, M. Carmen. *Op. cit.*, pp.175-176.

nacieron después, que entran en la denominada "nueva generación".²⁷ Por ello tanto las

necesidades como las respuestas a ellas van a tener que ser diferentes.

Para muchas mujeres, en especial para la generación del franquismo, el haber alcanzado el estadio del matrimonio y de la maternidad les permite considerar que ya han cubierto los objetivos principales de su vida. Cuentan con aquello que poseen ya en ese momento: conocimientos, aspiraciones. Como una buena parte de sus aspiraciones están en función de los demás, el desarrollo propio depende de las necesidades de las otras personas: compañero, marido, hijas e hijos, nietas y nietos. De ahí que muchas mujeres hablen principalmente de lo que hacen los demás, de lo que necesitan los otros/otras más de lo que en el fondo necesitan, quieren, desean ellas mismas. Su valor se va reforzando a lo largo de la vida en la

medida en que sigan cumpliendo con las expectativas iniciales: pasar de madre a abuela, de cuidar a los padres que la orientaron y apoyaron hasta convertirla en madre, a apoyar al marido y a los hijos. Si se inserta en la economía de mercado, se espera que siga aportando a la economía doméstica mientras sea necesario. Si esto afecta negativamente a sus otros roles, dejará el trabajo o lo relegará de forma que ocupe menos de su tiempo y de sus intereses, hasta en algunos casos vivir su situación laboral como una carga, una doble o triple jornada.²⁸

²⁸ Para un desarrollo antropológico del tema del trabajo y la mujer en el caso vasco, véase: Diez Mintegui, M. Carmen. *Op. cit.*

Por ello es evidente que la propuesta de una socialización que conste de varias etapas que se vayan cubriendo a lo largo de la vida, afecte de una manera más directa y más positiva a las mujeres que a los hombres. Permite por lo menos que las mujeres incorporen los aprendizajes de nuevas situaciones, el descubrimiento de modelos que eran impensables en la primera etapa, el interés por nuevas cuestiones, el deseo de conocerse más, de relacionarse con otras personas, de abrirse a sitios y a experiencias nuevas.

Esta socialización ha de realizarse fuera del ámbito donde se ha conceptualizado tradicionalmente a la mujer, como es en la mayor parte de los casos la familia y el grupo doméstico. Puede darse junto con la educación formal, pero es de una índole distinta ya que va encaminada a adquirir conocimientos, a conseguir apoyos, a crear complicidades, a debatir problemas, a diseñar modelos, a expresar insatisfacciones y a definir nuevas aspiraciones. El elemento clave es el reconocimiento intelectual y emocional de la desigualdad genérica. De ahí que las nuevas socializaciones precisen de una inserción en grupos y asociaciones con característi-

cas propias. Así, la incorporación a grupos de concientización feminista, a redes de mujeres que sirven de apoyo, de comunicación y de nuevas referencias, la participación en el asociacionismo en sus múltiples variantes, la pertenencia a institutos, seminarios de investigación y estudio, son algunos de los ejemplos de contextos para las nuevas socializaciones. Otros muchos existirán en los distintos marcos sociales y culturales, y surgirá una mayor variedad en el futuro. Esto puede ir acompañado de otra clase de relaciones y de vinculaciones familiares, laborales o profesionales, porque los objetivos de cada una de ellas no llenarían esa necesidad específica que surge de la conciencia de la desigualdad.

Como se ha apuntado a lo largo de este trabajo, la especificidad no se desprende de la diferenciación sexual o de interpretaciones esencialistas de lo femenino. Se deriva más bien de la situación marginal de las mujeres en relación con la organización total de la vida social.

Si la socialización es el aprendizaje de cómo existir social y culturalmente, desde una visión progresista de las mujeres la socialización ha de verse como un proceso que dura toda la vida. Sólo así podremos incorporar los cambios que experimenta la mujer y aquellos que ella crea. Asimismo, desde un punto de vista metodológico, se habrá dado un paso cualitativo que permita incorporar situaciones y procesos más amplios que conduzcan a avances en el conocimiento. De todo esto se desprende que una teoría de la igualdad debe incorporar en su marco conceptual la creación y desarrollo de las nuevas socializaciones que son a su vez claves para salir de la dominación y por lo tanto para acceder al poder.

Desde una visión dinámica y procesal de la socialización, se trata de analizar las formas en las que ésta sirve de base o no para la elaboración

de nuevas estructuras, identidades y relaciones sociales. Las oportunidades de aprendizaje son vitales para las mujeres que aspiran a salir de situaciones inmovilistas a las que con frecuencia se ven relegadas por la asignación de roles que apenas permiten cambios. Cuando deciden salir, se ven necesitadas de nuevas directrices que las ayuden a elaborar positivamente la incertidumbre, la culpa y la inseguridad. Señalo a continuación algunas de las situaciones de cambio:

- Mujeres que cambian los roles que se han considerado prioritarios, como son los de madre y esposa.
- Mujeres que elaboran nuevos roles a partir de los anteriores: mujer separada, mujer divorciada, madre soltera.
- Mujeres que ejercen opciones sexuales en un marco más amplio de referencia sexual.
- Mujeres que adquieren una preparación para entrar en el mercado laboral o para iniciar un nuevo trabajo, a una edad tardía.
- Mujeres que buscan nuevas formas de conocerse para de ahí desarrollar su potencial afectivo, intelectual, creativo.
- Mujeres que empiezan a moverse en espacios más amplios, que empiezan a hacer nuevos itinerarios que las llevan a otros lugares de su barrio, a traspasar los límites de las calles que antes las circunscribían, que navegan por la ciudad que antes apenas conocían y que empiezan a expandir sus horizontes geográficos.

— Mujeres que reelaboran la organización de sus responsabilidades domésticas y familiares y establecen nuevas distancias psicológicas con ellas.

— Mujeres que cambian las asignaciones de imagen, tareas y expectativas relacionadas con la reivindicación de la edad sentida como contraposición a la edad real y a la edad

²⁹ Para una discusión de estas diferencias dentro del contexto de cómo se elabora el tiempo de las mujeres, véase: Del Valle, Teresa. "Género y sexualidad. Aproximación antropológica", en Teresa del Valle y C. Sanz Rueda. *Género y sexualidad*, Fundación Universidad Empresa, Madrid, 1991, pp.57-60.

atribuida. La medicina se basa más en la objetividad de la edad real mientras que las expectativas sociales y los estereotipos des-cansan en la edad atribuida.²⁹

— En fin, mujeres que empiezan a hacer lo que nunca habían hecho y que pensaron que eso sólo podrían realizarlo a través de las actuaciones de sus hijas e hijos.

Todo ello conlleva una forma nueva de aprendizaje tan importante como la que se ha ejercido en un primer momento. Es más, me atrevería a afirmar que para muchas mujeres marca el comienzo de una vida nueva en la que se sienten libres para poder ser mujeres en libertad, sin las trabas y condicionamientos a que han sido sometidas por sus padres, hermanos, maestros, en la socialización temprana. Es importantísimo prestar atención a estos procesos e incorporarlos al estudio de la socialización.

Para ello se han de estudiar las formas en que las mujeres acceden a esos conocimientos a través de:

— Grupos de concientización feminista, asambleas, seminarios.

— Asociaciones de mujeres dirigidas a la promoción de la mujer.

— La incorporación al mundo del trabajo asalariado desde cooperativas o proyectos diseñados por las mujeres.

— Grupos de apoyo en momentos críticos (mujeres separadas, mujeres maltratadas, asociaciones de viudas, mujeres mastectomizadas).

Se requiere una toma de conciencia personal en la que han tenido que concurrir toda una serie de vivencias y experiencias, y que supone un proceso más difícil para las mujeres, aunque los hombres que lo hagan lo experimentarán asimismo. Pero el hombre siente menos la necesidad de un planteamiento de cambio porque la situación en la que se encuentra es en la mayoría de los casos más favorable que la de las mujeres. En general, el hombre no se plantea las contradicciones (a nivel de vida cotidiana) a no ser que sean planteadas por otras personas, como pueden ser la compañera o gente cercana a la que valora y que le habla desde vivencias a las que no se puede negar.

Como señala Diez, "Las expectativas que el sistema social crea en las mujeres, respecto a su futuro como esposas y madres, influyen de manera notable en las decisiones a tomar por aquellas en relación con su trabajo".³⁰ Sin embargo hay diferencias en las ma-
neras como las mujeres afrontan la decisión de continuar en un empleo, y en ello inciden tanto las condiciones de los trabajos como las mismas estructuras familiares y la visión del trabajo de la mujer fuera de casa como algo vinculado o no a la vida familiar.³¹ Asimismo

³⁰ Diez Mintegui, M. Carmen. *Op cit.*, p.309.

³¹ *Ibidem*, pp.311-312.

[...] se comprueba que es posible un cambio en los proyectos de vida de las mujeres, al entender la socialización como un proceso que continúa a lo largo de la vida y que rompe el esquema tradicional que anulaba nuevas posibilidades e iniciativas a una edad determinada o una vez que se había optado por el matrimonio y la maternidad.

En ese proceso, mujeres que comenzaron a trabajar siendo muy jóvenes, sin preparación ni cualificación, han encontrado a través de su trabajo, de las relaciones que se establecen en él y de la defensa de condiciones dignas como trabajadoras o del propio puesto de trabajo, una forma distinta de estar en la sociedad.

Una reflexión importante surge precisamente del análisis de aquellas situaciones (podría hablarse de crisis) en las que la mujer se plantea una inconformidad con su situación personal. Aunque pueden verse como agujeros negros, también se pueden contemplar como posibles estadios creativos que lleven a la mujer a transformar su vida y a avanzar.

Después de haber considerado cuatro campos donde la socialización se define claramente en el área de la iniciación al poder, queda claro que aquellos aspectos que sientan las bases para el comportamiento diferenciado vinculado a la categoría de lo natural, no desarrollan cualidades que aparecen como propias en el campo del ejercicio del poder. La mayor utilización de los sentimientos de culpa en todo aquello que suponga una transgresión, un desvío de la norma establecida, refuerza actitudes de conformidad más que de autoridad y ejecución y apoya la inclinación al no poder más que al poder. El peso de tradiciones muy extendidas que dificultan la ins-

tauración de límites que faciliten y conduzcan a la objetivación de situaciones, y a establecer la discontinuidad de los afectos, aparece como un obstáculo al acceso y al mantenimiento de la mujer en el poder.

La socialización continuada es clave para el cambio en las vidas de las mujeres porque son ellas las que tienen que conquistar nuevas metas en la lucha por la incorporación social a todos los niveles. Los cambios acaecidos que establecen un descenso en el número de hijas/hijos o en la consideración de ser madre o no, cuestionan muchos de los planteamientos en los que la mujer se definía principalmente por las/los vástagos y donde otras aspiraciones quedaban en segundo término o relegadas. Sin embargo, los nuevos valores que sustentan el cambio pertenecen todavía a la marginalidad. Las redes, los grupos donde se dan las nuevas socializaciones, son los espacios más apropiados para recoger, desarrollar y transmitir las pautas que sirvan para crear las nuevas referencias.

Los mismos cambios favorables a una mayor incorporación de las mujeres a la vida social así como los que están por gestarse, exigen una preparación específica que difiere en la mayor parte de los casos de aquella que han recibido las mujeres. Es más, esta laguna se expande cuando se analizan las exigencias que conlleva el ejercicio del poder definido como capacidad de decisión y de incidencia en el exterior. Pero si se conoce algo de lo que genera esta distancia, quizá se puedan poner en práctica estrategias individuales y colectivas que, surgiendo de las nuevas socializaciones, puedan dar resultado a corto y a largo plazo. Pero si se niega la importancia del cambio y se ignoran las bases de la distancia que separa a las mujeres para estar ahí, incidiendo con efectividad en el exterior, entonces difícilmente se podrá llegar a la práctica de una teoría de la igualdad.